

AVANCE DE RESULTADOS DEL ESTUDIO

LAS FAMILIAS DE MADRID ANTE LA ADOLESCENCIA Y SU EDUCACIÓN

Cómo mejorar la convivencia y prevenir el acoso y otras formas de violencia
2007

Autoras: María José Díaz-Aguado Jalón y Rosario Martínez Arias



la familia cuenta



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
DE MADRID



Comunidad de Madrid
www.madrid.org



CONSEJERÍA DE FAMILIA
Y ASUNTOS SOCIALES
Dirección General de Familia

Comunidad de Madrid

Características Metodológicas

El muestreo se llevó a cabo por el método de conglomerados en dos etapas y estratificado. En la primera etapa se seleccionaron 30 centros en municipios de 50.000 habitantes o más. Los estratos fueron la Dirección territorial y la titularidad de los centros. En la segunda etapa se seleccionó un aula de cada uno de los cursos de la ESO. El número total de estudiantes evaluados, una vez eliminados cuestionarios incompletos e inválidos, ha sido 2.699. El número de familias participantes fue de 1.433. El error máximo es inferior al 5%, con un nivel de confianza del 95%. La recogida de información se realizó en abril y mayo de 2007, a través de dos cuestionarios, uno para adolescentes y otro para familias.

1. La democracia como una forma de vida: avances, dificultades y contradicciones

Los resultados obtenidos en este estudio reflejan que **las familias se identifican hoy de forma muy generalizada con los valores de la democracia como una forma de vida**, y que dichos valores expresan lo que la inmensa mayoría de las familias “quiere ser”. Por ejemplo, el 93,7% manifiesta estar algo, bastante o muy de acuerdo con que “conviene animar a los hijos a decir a sus padres qué costumbres familiares les parecen mal”, creencia en la que se reconoce el valor de la discrepancia y el derecho a la libertad de expresión. Entienden, además, que estos valores suponen enseñar a respetar límites sin caer en el autoritarismo ni en la negligencia, puesto que solamente el 2,8% está muy o bastante de acuerdo con que: “conviene dejar a los hijos que hagan lo que quieran porque de todas formas lo van a hacer”. También es generalizado el reconocimiento del valor de la comunicación. Sólo el 12,5% de adultos se manifiesta claramente de acuerdo con que “cuando tu hijo/a está preocupado/a pero no quiere hablar contigo, lo mejor es dejarle solo/a” (frente al 45,7% de los adolescentes). Resultados que ponen de manifiesto la superior tendencia del/a adolescente a rechazar la comunicación familiar a la que se observa en su padre o en su madre.

Este acuerdo con valores democráticos se refleja también en las dos formas más habituales de resolver los conflictos familiares: 1) “los conflictos se resuelven entre todos tratando de llegar al mejor acuerdo posible” (el 54,6% de los adultos y el 36,3% de los adolescentes así lo afirman); 2) “los padres tienen más peso en las decisiones, pero explican por qué lo hacen” (el 40,3% de los adultos y el 31,8% de los adolescentes destacan esta respuesta)¹.

Para interpretar estos resultados conviene recordar que la calidad de la educación familiar, necesaria para llevar a la práctica esos ambiciosos valores democráticos, depende de que pueda garantizar tres condiciones básicas: un afecto incondicional que dé seguridad sin proteger en exceso, una atención y cuidado continuados adaptados a las cambiantes necesidades que se producen con la edad y una disciplina coherente que enseñe a coordinar deberes y derechos con eficacia.

¹ En el otro polo, el 18,5% de los adolescentes dice que sus padres simplemente “deciden lo que hay que hacer” mientras que ésta respuesta sólo es mencionada como forma de resolución de los conflictos por el 3.1% de los padres.

Los resultados sobre convivencia familiar que se obtienen en este estudio, reflejan que **las familias parecen proporcionar hoy confianza y apoyo a los adolescentes de forma muy generalizada**. En todos los indicadores evaluados sobre confianza y disponibilidad de padres e hijos para comunicarse, el porcentaje de los adultos que afirma que dicho indicador se da en su familia, por lo menos a veces, se sitúa por encima del 99% (y entre el 90% y el 95% en los adolescentes). Por ejemplo, el 96,4% de adolescentes responde afirmativamente a la pregunta “Mis padres están disponibles cuando los necesito” (a veces, a menudo o muchas veces), porcentaje que se eleva al 99,8% cuando se considera la respuesta de los padres ante una pregunta parecida.

Las dificultades aumentan en la disponibilidad para compartir actividades cuando éstas exigen cierto tiempo y dedicación (el 10% de los adultos y el 20% de los adolescentes reconocen que los padres “dejan de cumplir planes que habían hecho con su hijo/a”). También parece haber **ciertas dificultades para resolver conflictos y enseñar a respetar límites, incluidas las habilidades de comunicación en dichas situaciones**. A estas dificultades cabe atribuir que el 68% de los adultos está algo, bastante o muy de acuerdo con la frase: “Los problemas de los hijos cuando crecen se hacen tan difíciles que desearía que mi hijo/a fuese siempre pequeño/a”. Resultado que probablemente esté relacionado con el hecho de que la mitad de los adultos (el 50%) reconozca que tiene “mucho dificultad para controlar a su hijo/a” a veces o con más frecuencia. En situaciones críticas parece que siguen faltando alternativas al castigo físico para enseñar a respetar límites de forma más coherente con los valores de la democracia (el 63,5% de las familias está algo, bastante o muy de acuerdo con que “A veces puede ser necesario que los padres peguen una bofetada a los hijos para que éstos aprendan”).

2. Actitudes hacia la violencia

En relación a los resultados anteriormente expuestos conviene tener en cuenta cómo son las actitudes hacia la violencia que se reflejan en los siguientes indicadores:

- **Violencia y sexismo.** El 96,7% de los padres y madres está en total desacuerdo con que “el hombre que parece agresivo es más atractivo”, resultado que pone de manifiesto un rechazo generalizado a la asociación explícita de masculinidad con violencia. Sin embargo, un 38,1% sigue estando algo, bastante o muy de acuerdo con que “los hombres no deben llorar”, estereotipo que parece ser más difícil de superar y a través del cual pueden estarse reproduciendo, aunque de forma más sutil, condiciones que contribuyen al sexismo y a través de él a la violencia de género.
- **El concepto de “cobarde” y la justificación de la violencia reactiva.** De todas formas, también en el caso de los adultos la opinión según la cual “si no devuelves los golpes que recibes los demás pensarán que eres un cobarde”, parece expresar la presión social que sigue existiendo a favor de la violencia reactiva, puesto que el 23,4% de los adultos y el 67% de los adolescentes está algo, bastante o muy de acuerdo con dicha opinión. Ambos porcentajes se reducen sensiblemente cuando se excluye la respuesta “algo de acuerdo”, quedando respectivamente en el 6,7% entre los adultos y el 37% entre los adolescentes.

3. Qué problemas reconocen como propios las familias y qué temas suscitan más conflictos desde la perspectiva adolescente

El problema que reconoce vivir en la actualidad un mayor porcentaje de familias con hijos o hijas adolescentes gira en torno a la necesidad de “ayudarles a mejorar el aprendizaje escolar y prevenir que fracasen (suspensos, repeticiones)” (20,9%), seguido a gran distancia por los siguientes: “evitar la influencia negativa de las nuevas tecnologías” (11,2%), “lograr que respeten las normas en casa” (10,2%), “problemas de humillación por parte de los compañeros” (el 7%); “problemas de relación con el profesorado” (el 6%); “problemas de consumo de drogas ilegales” (el 3,1%).

Ante la pregunta sobre qué temas suscitan conflictos familiares con más frecuencia, los adolescentes destacan: el desorden en su habitación (el 81,8%), las notas (76,9%) y las peleas entre hermanos (73,9%). Los chicos parecen tener bastantes más conflictos que las chicas relacionados con la escuela (las notas, las ausencias a la escuela, hacer las tareas escolares) y con el ocio (ver la televisión, los amigos, el dinero, la hora de llegada a casa, la música que escuchan, la forma de vestir, las drogas, la hora de acostarse). Las chicas sólo parecen tener más conflictos que los chicos en temas estrictamente domésticos: el orden/las tareas de la casa y los hermanos.

Integrando la globalidad de estos resultados, cabe destacar **las notas escolares como la principal fuente de conflictos entre adolescentes y adultos en la familia.**

4. Cómo es la relación familia-escuela

Los estudiantes perciben, en general, muy buenas relaciones de sus familias con los centros educativos, y esta valoración es todavía mejor en las respuestas de los adultos. El porcentaje de respuestas positivas es especialmente elevado en ambos casos, en los elementos que hacen referencia a satisfacción global con las relaciones (“mi familia está contenta con este centro”: el 83,6 % de adolescentes afirma que bastante o mucho; porcentaje que crece entre las respuestas dadas directamente por los adultos al 89,1%). La discrepancia aumenta cuando se pregunta por acciones específicas (“cuando surge un conflicto, mi familia colabora con el centro para resolverlo”, con la que está bastante o muy de acuerdo el 59% de adolescentes y el 90.9% de adultos). Resultados que cabe relacionar con los obtenidos respecto a la disponibilidad del tiempo para educar comentados anteriormente.

Aunque son minoritarias, existen algunas **opiniones críticas que convendría tener en cuenta para mejorar la colaboración familia-escuela.** Por ejemplo, el 30% de las familias responde que en el centro se dan pocas o ninguna “oportunidad de participación a las familias”, frente a un 70% que considera que son bastantes o muchas.

El porcentaje de estudiantes que expresa dificultades importantes de relación entre el centro y su familia es muy bajo. Solo **el 2,7% de los adolescentes expresa que su familia no está nada contenta con el centro.** Convendría, sin embargo, prestar una especial atención a estas situaciones para mejorar la colaboración familia-escuela también en estos casos. Para lo cual conviene tener en cuenta las diferencias existentes entre dicho 2,7% y el resto del alumnado:

- 1) Su presencia es *menor en los cursos de diversificación*, debido probablemente a la mayor dedicación que en dichos cursos se dedica a la construcción de un vínculo de calidad.
- 2) Tienen especiales *dificultades para encontrar su lugar en la escuela* en los distintos tipos de indicadores considerados (calificaciones, integración entre iguales, compromiso con el aprendizaje y con el centro).
- 3) Tienen *más problemas en la familia* (perciben menor preocupación de los padres en los distintos problemas educativos considerados, una peor relación y comunicación en su casa y más castigos).
- 4) Hay una mayor *orientación a la violencia en el adolescente y en su entorno*, reflejada en los consejos que afirman haber escuchado a los adultos sobre cómo resolver conflictos, en sus actitudes hacia la diversidad y la violencia, y en su mayor participación en la violencia entre iguales.

5. Prevenir desde el principio de la adolescencia: en primero de la ESO

El análisis de las diferencias existentes en adolescentes y familias en función del curso, llevan a destacar el comienzo de la Educación Secundaria como un momento de especial interés para prevenir problemas posteriores así como para mejorar la colaboración familia-escuela. Entre los principales resultados que llevan a esta conclusión general cabe destacar los siguientes:

I

1) Tal como la percibe el alumnado, la satisfacción de sus familias con el centro educativo disminuye de primero a tercer curso (momento en el que están menos satisfechas) para subir ligeramente en cuarto. **El nivel de colaboración familia-escuela disminuye gradualmente a medida que avanza el curso**, observándose el descenso principal entre primero y segundo.

2) **La frecuencia de los distintos tipos de conflictos varía en función del curso**, a medida que el adolescente va pasando la adolescencia temprana. En primer curso, cuando tienen unos 12 años, una buena parte de los temas por los que se pregunta suscitan con más frecuencia conflictos que en edades posteriores, debido probablemente a la mayor supervisión que los padres intentan ejercer. Dichos temas son: las ausencias de la escuela, los lugares a los que van cuando salen, la hora de acostarse, el consumo de tabaco/alcohol/drogas, las amistades y la televisión (el tiempo o los programas). En tercer curso, por el contrario, han aumentado los conflictos en torno a: las notas, la hora de llegar a casa y las tareas de la casa.

3) **La calidad de las relaciones y comunicación en la familia son mejor percibidas entre los adolescentes de primero de la ESO que en cursos posteriores**. Estas diferencias reflejan un incremento significativo de las dificultades de interacción entre los adolescentes y los adultos encargados de su educación entre el primer y el segundo curso de la ESO, que se mantiene o incluso se incrementa en el tercer curso, coincidiendo por tanto con la adolescencia temprana, 13-15 años, los cursos y edades que presentan mayores dificultades educativas y conductas de riesgo.

4) Los resultados sobre integración escolar percibida por los adolescentes reflejan un **descenso en el compromiso con el aprendizaje** y la satisfacción con el centro educativo entre el primer curso y los siguientes. Resultado que vuelve a poner de manifiesto la relevancia de dicho curso para iniciar en él programas orientados desde una perspectiva preventiva.

6. Cómo es la situación escolar de los adolescentes

A partir de los resultados sobre la integración escolar desde el punto de vista de los propios estudiantes se observa que:

1) El 75,6% siente que se lleva bien con los profesores, porcentaje muy próximo al de quienes están bastante o muy de acuerdo con la frase: “siento que aprendo cosas interesantes en este centro”. La consideración de la respuesta extrema como indicador de una situación problemática, lleva a estimar que un 7,1% de estudiantes de la ESO “dejaría de estudiar si se lo permitiesen”, y un 5,1% afirma no estar nada de acuerdo con la frase: “me llevo bien con los profesores”. Estos problemas son más frecuentes entre los chicos.

2) La inmensa mayoría del alumnado considera buena su integración escolar. Como expresión de dicha situación cabe destacar que el 91,5% está bastante o muy de acuerdo con la afirmación global sobre dicha situación (“me siento integrado o integrada”). El 90% siente que cae bien a otros estudiantes. Como refleja dicho indicador, la integración en el grupo de iguales está bastante más generalizada que respecto al aprendizaje y al profesorado. Al utilizar como criterio para la estimación de situaciones problemáticas la respuesta más extrema, el porcentaje de quienes reflejan no tener amigos se sitúa en torno al 2% (“me siento solo o sola: 2,2%”; “no hago amigos o amigas fácilmente”: 1,9%). La comparación de los resultados con lo que perciben las familias, refleja una capacidad significativa en las familias para detectar este tipo de problemas. Así, cabe interpretar que el 1,3% de las familias reconozca que su hijo o hija no hace amigos fácilmente (frente al 1,9% de adolescentes). Los adolescentes se sienten mejor en integración con los compañeros que las adolescentes.

7. Víctimas de acoso y tendencia a pedir ayuda

Utilizando como criterio de acoso escolar el de la frecuencia de las situaciones de victimización “a menudo o muchas veces”, puede estimarse que el porcentaje de víctimas de acoso escolar de tipo psicológico entre los adolescentes que cursan en Madrid Educación Secundaria Obligatoria se situaría **en torno al 3%**. Como indicador más claro de dicha situación cabría considerar el elemento: “me rechazan”, que el 3,11% afirma sufrir con frecuencia, observándose porcentajes ligeramente superiores o inferiores en torno a indicadores próximos.

La comparación de los resultados sobre victimización obtenidos a partir de los adolescentes y a partir de las familias refleja importantes coincidencias, aunque con una **menor prevalencia cuando dicho problema se estima a través de los adultos**. Por ejemplo, el 2,44 % de las familias reconoce que a su hijo “le rechazan a menudo o muchas veces”, frente al 3,11% de adolescentes que responde en dicha dirección.

Con respecto al género, los chicos puntúan ligeramente por encima de las chicas en victimización grave. Además, la evolución de dichas situaciones entre primero y cuarto es muy diferente en ambos grupos, observándose un descenso progresivo entre los chicos. Entre las chicas aumenta en segundo, y vuelve a un nivel similar al del primer curso en los dos últimos.

Lo más frecuente en caso de sufrir acoso es recurrir al padre o a la madre, seguido de los amigos, y a cierta distancia, los tutores y los hermanos, los profesores y, por

último, los compañeros. Aunque la diferencia en el planteamiento de esta pregunta con las realizadas en estudios anteriores obliga a interpretar la comparación con cautela, los resultados obtenidos aquí sugieren **cierta superación del rechazo a recurrir a los adultos en situaciones de acoso, que cabría relacionar con la toma de conciencia de la sociedad sobre este problema**. Las respuestas a la pregunta “¿por qué no lo cuentas? vuelven a poner nuevamente de manifiesto un importante cambio respecto al rechazo a contar el acoso sufrido.

También los resultados obtenidos a través de las familias, reflejan una importante superación del rechazo a recurrir a los adultos o de la asociación de dicha conducta con cobardía, reconociéndose como los principales obstáculos para contarlo “porque se consideran amenazados si lo cuentan” seguido de “falta de confianza”.

8. Consejos de los adultos y respuestas familiares a la victimización

Las respuestas más frecuentes dadas por los adolescentes a la pregunta ¿qué haría tu familia si supiera que sufres acoso? reflejan una importante **sustitución del “si te pegan, pega” por respuestas no violentas**, que consisten en: 1) *evitación de situaciones de riesgo* (“Decirme que evite las situaciones en las que me molestan (que no vaya con esos chicos o a esos lugares”: el 69%); 2) *recurrir a la autoridad* (“hablar con algún profesor/a para que intervenga y evite que la situación vuelva a repetirse”: el 68,4%); 3) y *apoyo social* “ayudarme a tener un grupo de amigos para que me apoyen”: el 47,2%. Existen importantes semejanzas cuando se consideran las respuestas de los adultos ante esta misma pregunta, puesto que las familias proponen: informar al profesorado (el 86,3%), la evitación (el 71,5%), y promover el apoyo de los amigos (el 45,5%).

A pesar de ser claramente minoritario, el consejo de “si te pegan pega”, no ha desaparecido, puesto que lo destacan como respuesta probable de su familia el 35,5% de los adolescentes y el 10,3% de las familias. Otra diferencia apreciable es respecto a la tendencia a informar al servicio de Inspección (destacada por el 62,4% de familias frente al 24,2% de los adolescentes).

Los resultados anteriormente expuestos coinciden con los que se obtienen al preguntar por los **consejos que han escuchado a los adultos sobre cómo resolver distinto tipo de conflictos entre iguales**. Puesto que los más frecuentes son, de nuevo, alternativas a la violencia: 1) la evitación (77%); 2) el diálogo (60%); 3) y la autoridad (55,8%).

Los consejos más frecuentes que declaran haber transmitido los adultos a los niños sobre como resolver conflictos entre iguales también hacen referencia a alternativas a la violencia: 1) el diálogo (86,7%); 2) la autoridad (83,3%); 3) y la evitación (80,9 %). Se observa, sin embargo, cierta discrepancia respecto al “si te pegan, pega”, que sólo reconoce haber dado el 10,3% de los adultos responsables de la educación familiar, frente al 28,6% de adolescentes que declara haberlo escuchado a los adultos en general. Conviene tener en cuenta que la pregunta no especificaba en qué contexto se había escuchado el consejo.

Se observan diferencias en los consejos recibidos en función del curso. Los adolescentes de los primeros cursos han escuchado con menos frecuencia consejos sobre utilización de la violencia que los de los cursos superiores. Diferencias que podrían estar relacionadas con la toma de conciencia colectiva que se ha producido en los últimos años, de la que podrían haberse beneficiado más los estudiantes de menor edad.

Siguen existiendo importantes diferencias en lo que declaran haber escuchado los y las adolescentes respecto a cómo resolver los conflictos en todos los consejos por los que se pregunta. Estas diferencias van siempre en la dirección del estereotipo sexista tradicional que enseñaba a los chicos a utilizar la violencia. Por ejemplo, el consejo “si alguien te insulta, pégale si es necesario”, afirman haberlo escuchado el 7,9% de las chicas y el 17,5% de los chicos.

9. Participación en el acoso

Aunque las diferencias en la composición de las muestras exige cierta cautela, la comparación de los resultados obtenidos en este estudio con los obtenidos en una investigación anterior entre adolescentes de la Comunidad de Madrid (Martín, Pulido y Gómez, 2004), y recogidos en la Guía “El acoso escolar y la prevención de la violencia desde la familia”, refleja que el porcentaje de adolescentes que reconoce participar en situaciones de acoso es ahora ligeramente menor en la mayoría de las situaciones, en la misma dirección de los resultados obtenidos en el estudio llevado a cabo a nivel de toda España por el Defensor del Pueblo en 2006. Como muestra de dichas diferencias, cabe considerar, que el número de agresores que reconocen participar “pegando” a un compañero/A pasa del 3,9 % al 2,19 %; los que reconocen participar “rechazándole”, pasa del 7,4% al 5,63 %.

La comparación de las respuestas de los adolescentes con las de las familias, refleja que las familias parecen ignorar muchas de las situaciones en las que reconocen participar los adolescentes, siendo aquí las diferencias mayores de las que se observaban respecto a las víctimas.

10. Perfiles de adolescentes en función del papel habitual que adoptan frente a la violencia

Al preguntar al adolescente cuál es el papel que suele desempeñar *cuando insultan o pegan a un compañero*, pidiendo que se sitúe en una de seis posibles posiciones, se observa que:

- 1) La inmensa mayoría de los adolescentes (el 75,5%) se posiciona claramente contra la violencia: el 47,5% afirma: “intento cortar la situación, aunque no sea amigo de la víctima”; y otro 28%: “creo que debería impedirlo, aunque no lo hago”.
- 2) El porcentaje de los que afirman participar en la agresión se sitúa en el 6%, incluyendo tanto a los que la lideran (“participo dirigiendo al grupo: 3,8%) como a los que les siguen (“me meto con él o con ella lo mismo que el grupo”: 2,2%)
- 3) Hay un 15,6% de indiferentes respecto a la violencia (“no hago nada, no es mi problema”) y un 3% que afirma “no participo, pero tampoco me parece mal lo que hacen”.

Estos resultados reflejan cierto avance respecto a situaciones anteriores, en las que lo predominante era “mirar para otro lado” excepto si existía una relación de amistad con la víctima, y por lo tanto cierta eficacia de la toma de conciencia colectiva contra la violencia entre iguales y las acciones llevadas a cabo para combatirla. Sin embargo, también ponen de manifiesto que lo realizado es insuficiente para erradicar la violencia desde la educación y que es preciso incrementar los esfuerzos para conseguirlo con toda la población (incluida la de riesgo) y con una mayor coherencia.

La comparación de estos resultados con lo que creen las familias que hacen sus hijos refleja una importante coincidencia en los porcentajes de los papeles contrarios a la violencia, y una menor estimación de los cuatro papeles restantes. Diferencias que cabe relacionar con el hecho de que un 17,8% de las familias respondan que “no saben” lo que hace su hijo en dichas situaciones.

10.1. Cómo son los que se posicionan contra la violencia

Los dos grupos que rechazan claramente la violencia, incluyendo tanto a los que se atreven a intervenir para detenerla (45,7%) como a los que no lo hacen pero creen que deberían (28%) tienen en común las siguientes características, que les diferencian de los adolescentes que adoptan las otras cuatro.

- *Una vida y una educación familiar de más calidad:* con menos conflictos, mejor relación y comunicación, y mayor disponibilidad e interés adulto en la educación.
- *Una socialización contraria a la violencia,* reflejada en los consejos que han escuchado, y en su rechazo a las actitudes y creencias que llevan a justificar su utilización en distinto tipo de situaciones.
- *Han encontrado su lugar en la escuela como contexto de aprendizaje,* con el que están más comprometidos, y se llevan bien con el profesorado.
- *No sufren como víctimas ni participan como agresores de la violencia entre iguales.* Sus respuestas sobre las 10 situaciones concretas planteadas en el estudio refleja que no están implicados en ninguno de estos dos papeles casi nunca.

Como principales diferencias entre el 47,5% que interviene para detener la violencia, aunque no sea amigo de la víctima, y el 28% que no lo hace aunque cree que debería hacerlo, cabe destacar las siguientes:

- *El poder para intervenir.* El menor nivel de popularidad entre iguales que cree tener el último grupo podría explicar que no se atreva a intervenir ante una agresión, debido a su falta de poder para detenerla. Es probable que anticipen un riesgo considerable de victimización si intervienen, que evitan con su pasividad.
- *La colaboración familia-escuela.* El grupo que interviene para detener la violencia se diferencia de los que no intervienen (y del resto de las posiciones consideradas) por percibir una mejor relación de la familia con la escuela diferencia que de nuevo puede incrementar la seguridad para intervenir.

10.2. Cómo son los que adoptan una posición de indiferencia

El 18.6% de adolescentes indiferentes frente a la violencia (incluyendo tanto al 15,6% de los que “no participan en el acoso porque no es su problema” y al 3% que “no participan pero tampoco les parece mal lo que hacen”) ocupan una posición intermedia respecto a las cuatro variables de riesgo evaluadas, siendo generalmente algo peor la posición del último grupo: falta de calidad de la vida familiar, dificultades con el profesorado y el aprendizaje, menos colaboración familia-escuela y socialización hacia la violencia. En relación a la última condición cabría interpretar el hecho de que en estas dos posiciones estén sobre-representados los chicos.

Las respuestas que dan cuando se les pregunta por la frecuencia con la que sufren como víctimas o ejercen como agresores -10 situaciones específicas-, reflejan que aunque están más expuestos a ambos papeles que quienes rechazan claramente la violencia, no lo están menos que quien la dirige.

10.3. Cómo son los que participan en la violencia

Entre el 6% de adolescentes que afirman adoptar una postura activa a favor de la violencia (dirigiéndola: el 3,8% o siguiéndola: el 2.2 %) están sobre-representados los chicos. Y destacan por los siguientes problemas:

- 1) *Una vida y una educación familiar de menos calidad:* más conflictos, peor relación y comunicación, menor disponibilidad y menor interés adulto por su educación. Los adolescentes que siguen la violencia iniciada por otros son los que perciben tener la peor situación familiar.
- 2) *Una socialización que favorece su aceptación de la violencia,* detectada a través de los consejos adultos que han escuchado, y de las actitudes y creencias violentas con las que se identifican como si dicho problema fuera un valor.
- 3) *Dificultades para encontrar su lugar en la escuela* como contexto de aprendizaje y para establecer un vínculo de calidad con el profesorado.
- 4) *Frecuencia de participación en victimizaciones y agresiones.* El grupo que sigue la violencia iniciada por otros es el que reconoce participar con más frecuencia en el acoso y sufrirlo como víctima. Los líderes del acoso parecen participar desde la distancia, porque la frecuencia de participación en situaciones específicas es muy similar a la del grupo que afirma que “no hace nada pero que no le parece mal lo que hacen”.
- 5) *La colaboración familia-escuela.* Las puntuaciones que cada grupo obtiene, en este sentido, siguen el mismo orden que su grado de responsabilidad en la violencia, según el cual, cuanto más responsabilidad se otorgan peor es la colaboración. Parece, por tanto, que dicha colaboración puede ser considerada como una condición de protección frente al riesgo de ser acosador.

11. La escuela actual y el recuerdo escolar de los adultos

La comparación intergeneracional de los problemas escolares refleja resultados que van en distintas direcciones en función de la pregunta. Por ejemplo, ahora sólo un 1,5% de adolescentes responde en total desacuerdo con la frase “me siento integrado”, mientras que en el recuerdo de los adultos el porcentaje es de un 2,4%. Al contrario de lo que sucede con las categorías que hacen referencia a las relaciones con el profesorado (en la pregunta “llevarse bien con los profesores”, el porcentaje de la respuesta más negativa entre adultos es del 3,9% y entre adolescentes de un 5,1%).

11.1. ¿Es el acoso un problema nuevo?

Los resultados obtenidos al preguntar a los adultos cómo fue su experiencia escolar durante la adolescencia reflejan que el acoso escolar no es un problema nuevo, que forma parte del recuerdo de los adultos que responden con una frecuencia bastante próxima a las situaciones que perciben en sus hijos (por ejemplo, el 0,9% de los adultos afirma que “le pegaron” en la escuela a menudo o mucho, frente al 0,7% de los que perciben que su hijo/a sufre dicha situación), aunque algo menor a la que declaran los adolescentes estar sufriendo (el 1,6% dice que “le han pegado” a menudo o mucho).

11.2. La autoridad del profesorado en el recuerdo de los adultos

Para avanzar en el debate que actualmente existe en la sociedad sobre la pérdida de autoridad del profesorado y cómo promoverla desde las familias, resulta de gran interés conocer cómo es el recuerdo que dichas familias tienen de su propia experiencia escolar con el profesorado, a través de las cualidades por las que destacan los mejores y peores profesores que tuvieron en la escuela.

Los resultados obtenidos van en la dirección de las investigaciones anteriores así como de lo que responden la mayoría de los adultos cuando se plantea esta pregunta en situaciones grupales, reflejando que:

1) *Los peores profesores* destacan, sobre todo, por problemas en la forma de tratar al alumnado (“humillar y ridiculizar”, el problema más nombrado, por el 40,7%), seguido de las dificultades para transmitir el sentido de lo que enseñan (“ser aburridos”: por el 37,2% y “no le entendía”: por el 32,2%).

2) *Los mejores profesores* destacan, sobre todo, por el entusiasmo que transmitían acerca de lo que enseñaban (cualidad más elegida, por el 59%), y en segundo lugar, por ayudar a confiar en las propias posibilidades y transmitir el deseo de seguir aprendiendo toda la vida (destacadas ambas por el 33,1%), seguido a corta distancia de la disponibilidad para ayudar a resolver los conflictos de forma justa (por el 27,6%).

Conviene tener en cuenta, también, que el hecho de “aprobar muy fácilmente” apenas es destacada como cualidad de los mejores profesores (sólo la eligen como cualidad de los mejores profesores el 3,8% de los adultos) ni la tendencia a “suspender mucho” define a los peores profesores (sólo la nombra el 11%).

Es decir, que los mejores profesores, cuya autoridad (entendida como capacidad para influir) es recordada incluso varias décadas después, logran establecer un vínculo de confianza con el alumnado y contagiar su entusiasmo por la materia que enseñan, que les permite ejercer con eficacia la autoridad como experto en su materia y convertirse en autoridad moral y de referencia, condiciones que permiten enseñar y educar al mismo tiempo.